

—¡Las pudiese cobrar yo las diez pesetas que le dan!—añadió con un suspiro y un visaje.—Si mi hermano no fuese negro como una taza de café lo habría hecho él.

—Así como así se ha escogido una momia... ¡Anda! Conque ¿has aprendido à mover las manos? ¿Qué me contaba tu madre, que te había enseñado la lección?—gritó el director de la compañía, centelleando sobre el *Amor* sus terribles ojazos.

El niño, como despertado de súbito, agitaba maquinalmente los bracitos y extendía sus manos violadas; pero un temblorcillo y un sopor, más pesado que maza de plomo, iban haciendo presa de él por momentos.

¡Se sentía tan cansado!... Los aúllos de la multitud le ensordecían y el polvo yesoso de los confites le penetraba en los pulmones y le daba una sed, un ardor como de llama.

—Procura no toser,—le había dicho su mamá, mientras le ponía el pequeño justillo de terciopelo abierto, con lentejuelas de plata. Y recordaba que la había visto llorar, secándose los ojos enseguida, antes que el papá lo viese.—Cuando volverás à casa te daré una sopita caliente—había añadido la madre.

¡Ah! ¡Cómo la deseaba, el pobrecillo, una sopa caliente! Cuánto tiempo hacía que no probaba ninguna! Siempre era pan ó polenta lo que la madre presentaba para la comida y la cena... Y, sin embargo, no le alegraba tanto la esperanza de la sopita, porque el fuego del pecho crecía en intensidad... y le parecía que un poco de agua helada, un pellizco de aquella nieve que se iba licuando en los tejados, se lo calmaría...

¡Pobre mamá! ¡Cuánto había contendido con el papá, por la mascarada! Pero las disputas y golpes se sucedían en su casa tan continuamente, que no le impresionaban ya.

La mamá no lo quería que hiciese el Amor, con aquel frío, y aquella tos que le desgarraba el pecho... pero el padre, que tenía la voz fuerte y la mano pesada, había vencido, como siempre.

Lo recordaba esto, el pobre niño, y veía la escena confusamente, como nublada por alguna cosa impalpable que le ponía un velo delante de los ojos y un gran cansancio en los miembros.

Un ramo de violetas le da en el rostro; tal vez había errado el camino, tal vez era un obsequio afectuoso de algún alma buena.

—¿Qué haces, ahora? ¿Duermes, pedazo de bruto?—gritó el jefe de los romanos; é imprimió al tronco plateado una sacudida amenazadora.